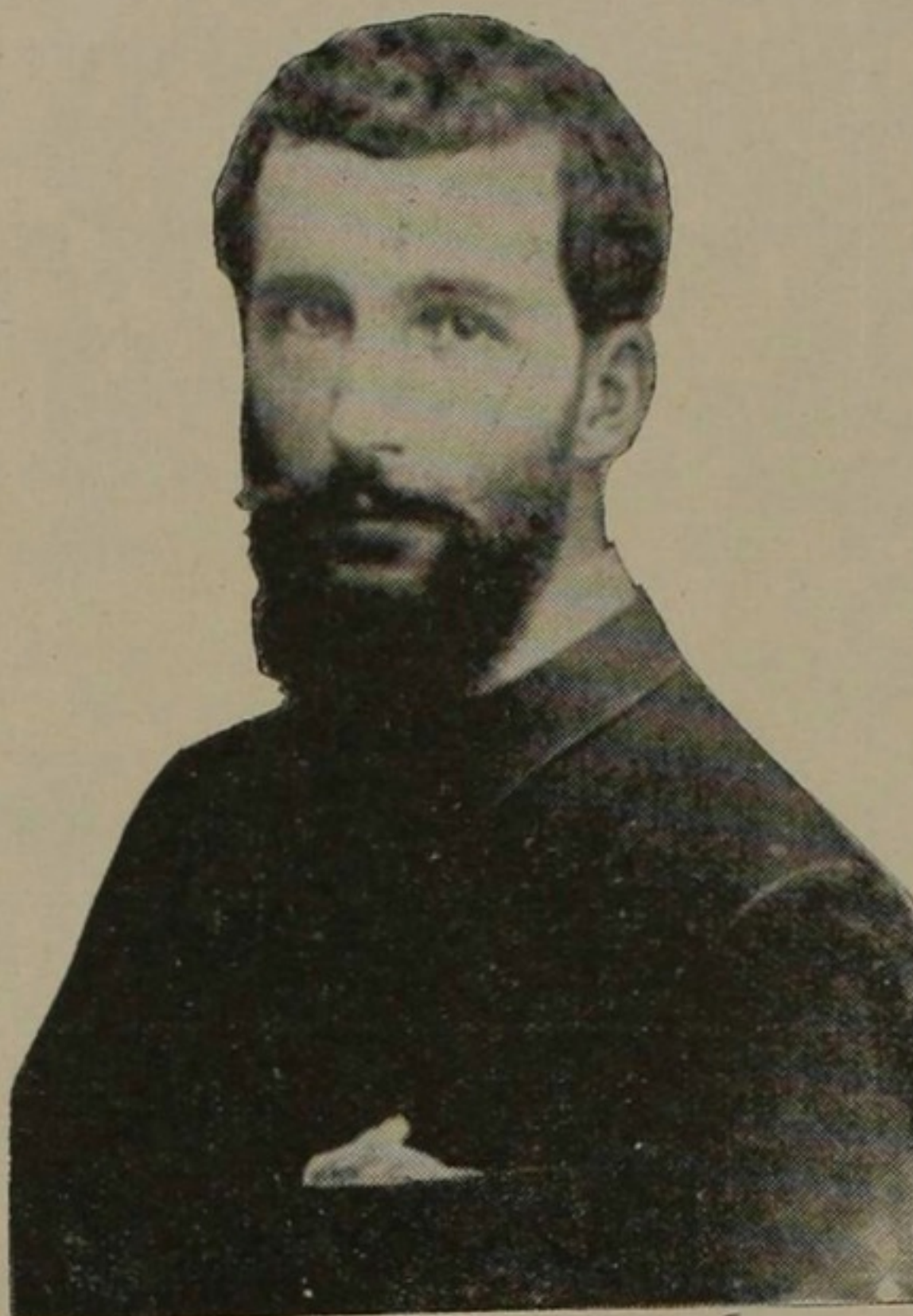


Al inaugurarse en Bogotá, el busto de José Asunción Silva,

en la mañana del miércoles
6 de agosto de 1930

= Envío del autor =



José Asunción Silva

Reconozcamos, en abstracto, el triunfo de la voluntad, que todo lo realiza, y saludemos en el mármol ciego al espíritu sonoro y vigilante de Silva. Más de treinta años pasaron antes de la consagración a que ahora asistimos, pero el recuerdo de quien nació para la inmortalidad no podía ausentarse de nuestra memoria. Poeta de la aristocracia, hombre de exquisitos refinamientos, renovador que oyó la burla de los intonsos y el graznido de los gansos, condenado por su misma grandeza a ser incomprendido de las multitudes, llegó con el decurso de los años, merced a la persistencia de la evocación, a convertirse en símbolo de la ciudad, en el más dolorosamente amado de todos nuestros muertos.

Tienen algo de él, mucho de él, las campanas cuando plañen, las vírgenes cuando se sobresaltan, los niños cuando juegan. Tuvo su poesía, de infantil, lo necesario para asegurarse la perpetuidad, a través de las generaciones magnetizadas por el sentimiento; de sensual, el aire perfumado que se infiltra en las almas de las destinadas al amor y el hálito de dolor que es la protesta del deseo no satisfecho, cuando Cupido ha roto las flechas del carcaj; de triste, de enigmático, de inquietante, de absoluto, todo aquel proceso de psicoanálisis que lleva a la confirmación del «vanitas, vanitatum» del rey de los proverbios, la interrogación a las alturas acerca del destino incoherente, el descontento fatal ante la mudez de la tierra y la sordera de los dioses.

Tuvo de romántico lo que el romanticismo conserva de inmutable, y de clásico cuanto en el clasicismo se adapta a la definición de obra escrita por un artista en colaboración con el crítico que le habla por dentro. Verso santo fue su verso, en el que puso pensamientos puros. Pero también fue copa tallada con primor, en la que el filtro del corazón destiló embriagadores venenos. El ansia que allí se adquiere de lo desconocido empuja hacia el nepentes, exalta la noción del vuelo hacia el azul, hace soñar conturbadoramente con el plomo de la liberación. «Al dejar la prisión que las encierra, ¿qué encontrarán las almas?», se pregunta también el desvelado que escucha el latir de sus arterias y de pronto, con impulso de dominador, rompe las puertas para salir a averiguar el secreto que se oculta más allá del cielo y de sus meditaciones.

Todo en Silva tuvo cariz de embrujamiento. Las palabras para él fueron amantes, que se entregaron a su caricia de esteta y de don Juan, cuando quiso fecundarlas para que mostraran en la gravidez de sus formas y de su significado la pujanza de él. Y no veían los miopes que en el cuerpo armonioso del «dandy», ávido de sensaciones, de modales tan finos que simulaban el amaneamiento, de fantásticos planes mercantiles que lo llevaron, a través de una ideología renacentista, a la catástrofe definitiva y burguesa, aleteaba el espíritu poderoso de un sér capaz, como los genios de los cuentos, de llevar al país

sobre sus hombros! No comprendieron los pobres transeúntes que la lámpara vieja que el poeta frotaba era la de Aladino. Ni se detuvieron un instante a pensar en que la sonrisa de afectación y de ironía era el aislador de un alma.

Y fue esa alma la que en una noche «llena de perfumes, de murmullos y de músicas de alas» se desprendió del cuerpo del evocador para ir a traer del éter impalpable los acentos divinos que se quiebran sollozando en la desolación del Nocturno. Música de las esferas, no escuchada música, que hirió los oídos de los bárbaros como un ruido estridente, acogida con impresión cercana al éxtasis por los capaces, hoy ha hecho la conquista de todas las comprensiones, al extremo de que una simple recitación, que es como un solo de violín que se lamenta, hace entornar los ojos y llegar la palidez en que se absorben las emociones profundas.

Nadie como él para inspirar aquella ternura de convaleciente del que se va asombrando ante nuevos aspectos de la vida, pero sin desasir el pensamiento de la visión que tuvo cuando la enfermedad lo puso muy cerca del misterio. Hay una vaguedad tan dulce en todo lo de Silva que sumirse en él es adquirir la expresión, de bondad y de tristeza que caracteriza a cuantos viajaron ilusoriamente por el país del ensueño. Sordina, matiz, seda, sus poemas llegan al alma tan delicadamente que después de iluminarla, la dejan como circundada de nubes.

Hay algunos tan vaporosos, tan musicales, tan penetrantes, que sin que pueda el lector calificar la emoción que le despiertan, se siente saturado de algo que

a un mismo tiempo lo arrulla y lo tortura, lo desprende de la carne esclavizante sin anular el amor que ella le inspira, y lo lleva a los espacios que asustaban a Pascal con su silencio, en una como nave aérea que tuviera hechas las alas de gasa. Melancolía se trae de allá. Se diría que el viaje fue a la cueva de Trofonio, y que el espíritu, audaz en la ascensión, se fue debilitando en el descenso.

No sé si es decadencia, pero en Colombia los miembros de varias generaciones nos hemos sentido como enfermos de Silva. Hacia él dirigimos la mirada cual si fuera un creador de artificiales paraísos, especie de mago que prepara cordiales de aromáticas yerbas, y cuando da de beber da de soñar, para escapar a lo monótono y mezquino del cotidiano espectáculo. Aquí lo tenemos ya con el aspecto de un dios indiferente ante el cual elevamos, temblorosos de unción, nuestras plegarias. El cincel inspirado de Ramón Barba lo talló en la carne dura y blanca que de derecho corresponde a los poetas y a los dioses. El manto de emperador atestigua la autoridad de su influencia, que se dilata por todos nuestros ámbitos, mientras sus ojos ciegos, que no habrán de ver el amor y el dolor de nuestra ofrenda, simbolizada por Pablo de la Cruz en la virgen que ha sentido en las sienes el suplicio de un pensamiento de adiós sin esperanza, se dirigen al azul, a las estrellas que no contestaron jamás a su pregunta de por qué callan si están vivas y por qué alumbran si están muertas.

Señor alcalde de la ciudad: en nombre de la ciudad os lo entrego. Levantado por suscripción popular, el monumento ha quedado en un sitio recogido, de paz, no obstante su proximidad a la mayor arteria de nuestras comunicaciones, muy cerca del lugar donde el poeta vió la luz de la vida. En nombre de los donantes os lo confío y lo confío a vuestros sucesores, para que celosamente custodiado por la veneración, a través de los tiempos, pueda ser mostrado con orgullo a cuantos interroguen a nuestra gratitud acerca de la manera como hayamos pagado lo que debemos a Silva. Idealmente han de montar la guardia los artistas y todos los que quieran elevar el corazón o destruir sus fantasmas.

Es necesario que se apague el día para que crezca la importancia del símbolo. Al través del follaje se filtrará la luna, y besada por ella la cabeza que se hundió en la sombra larga, responderá mejor a toda evocación de los que anhelan conversar con su espíritu. Hablemos, soñemos, con el espíritu de Silva, y dejemos que a lo lejos siga escuchándose el ladrido de los perros, como expresión de impotencia, y aquí cerca el chillido de las ranas como un canto litúrgico. Todo lo que fue mentira, incompreensión, baba inmunda, pasó para perderse en las emanaciones de las charcas que el sol absorbe y purifica con su fuego. La patria absolvió al hijo de su fin prematuro. Y ya nada podrán la torpeza y la envidia contra el mármol.

L. E. Nieto Caballero